

Homenaje a Alí Chumacero

Como en estos días a Rubén Bonifaz Nuño, el poeta Alí Chumacero ha sido objeto de multitud de reconocimientos y homenajes. Se le considera uno de los poetas mayores del castellano y su obra ha alcanzado amplia difusión sobre todo entre los jóvenes. En esta ocasión, otro gran poeta, Dionicio Morales, se ocupa de precisar sus méritos, cuáles son sus grandes aportaciones a la poesía y a la literatura en general, pues no olvidemos que Alí le ha dedicado su vida entera al trabajo editorial, a publicar y promover nuevos autores. Sus estudios y prólogos dejan constancia de una tarea completa sobre la literatura. Es un poeta, un hombre de letras, un editor, un corrector, un promotor literario que hizo grandes esfuerzos para apoyar a los jóvenes poetas y prosistas a través del trabajo en el Fondo de Cultura Económica y en el legendario y ya desaparecido Centro Mexicano de Escritores, donde se formaron cientos de escritores de muchos méritos.

Nuestra revista se suma a las instituciones que han honrado al poeta Alí Chumacero y le desea larga vida, siempre al servicio de las letras. Gracias, Alí.

El Búho

La poesía amorosa de Alí Chumacero

Alí Chumacero: amor entre ruinas

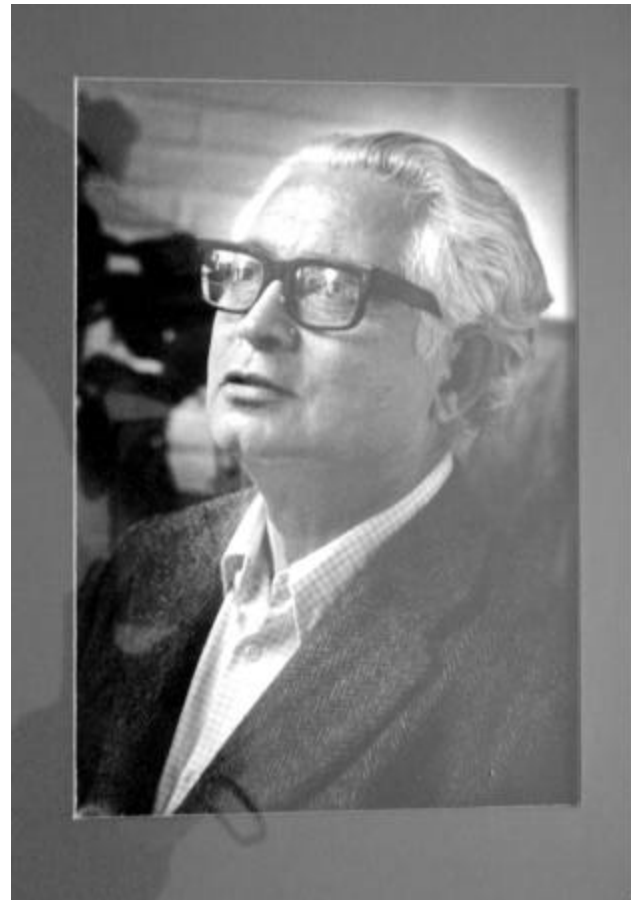
1. La obra poética de Alí Chumacero (Acaponeta, Nayarit, 1918) ha quedado grabada en nuestras letras como una de las más breves y sólidas –perfecta, escribí alguna vez– de cuantas se hayan escrito en México, con sólo tres libros: *Páramo de sueños*, 1944; *Imágenes desterradas*, 1948, y *Palabras en reposo*, 1956, como antes sucedió con Ramón López Velarde y José Gorostiza, con tres y dos publicaciones, respectivamente, autores cuya invocación no es nada gratuita por lo que ambos representan en la formación del ilustre nayarita. Poeta de juventud –él piensa que la poesía es obra de un impulso juvenil, quizá por su caso particular–, su tranco de vida poética, en esencia, abarca un período de dieciocho años a partir de la fecha de la publicación de su primer poema (1938) y de su último libro (1956), editado cuando contaba con treinta y ocho años de edad. De allí un pesado y largo silencio cayó sobre su obra, a excepción de los poemas que, tímido, ha escrito posteriormente y que con extrema avaricia ha dado a conocer –no son muchos. Nacido en la misma década que Octavio Paz, Efraín Huerta, Juan José Arreola, Margarita Michelena, Manuel Calvillo, Pita Amor –entre otros–, Alí Chumacero, como lo han señalado algunos críticos, tiene una cercanía mayor con los poetas de la generación de “Contemporáneos” que con la suya. Asume en su poesía los fundamentos y logros formales de sus anteceso-

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

DIONICIO MORALES

res, pero sobre todo lo marcan, no sólo en sus inicios, los elementos y la génesis poética que Xavier Villaurrutia y López Velarde incorporan con originalidad y maestría en su obra, en la poesía mexicana. Este distanciamiento con sus compañeros de generación es aparente porque su poesía también



Alí Chumacero

mira hacia atrás para encontrar su propio camino rumbo a la permanencia, al remontar su voz hacia la raíz y razón de los versos y ecos bíblicos que la pueblan de “otros” fantasmas –como en Michelena y Amor.

La poesía de Alí Chumacero se puede rastrear con cierta certeza si el lector avezado fija su mirada un momento más largo de lo acostumbrado en los títulos de sus libros: “sueños”, “imágenes”, “palabras”, puede ser una travesía; “páramo”, “destierro”, “reposo”, sería la otra senda, sin alterar el estricto orden concebido por el poeta. Cada una de estas palabras encierra, por sí sola, un universo. Unidas, como están consignadas, nos remontan a deletrear los dos infinitos que cada división representa y cuyos significados las hace ser disímbolas, discordantes, pero que a través de su abigarrada distancia las convierte en cómplices y en enemigas, a la vez. También se puede descubrir que en su sentido literal conllevan el cálido y enarenado discernimiento bíblico que se asienta en casi toda la obra de Alí Chumacero y que él justifica con encantador cinismo: “Mi poesía está plagada de frases de la Biblia, incluso algunas robadas, transcritas, nada más las saco de la Biblia y las pongo en mi poesía. Como nadie lee la Biblia, nadie se da cuenta”. Claro, eso es lo que él cree.

2. En una entrevista reciente con Alí Chumacero sobre una etapa de su vida no conocida, declara que “la formación de un hombre se da en la infancia”. Es en la infancia, en la adolescencia, cuando nuestro poeta, obligado por las reglas del colegio donde cursaba sus estudios, descubre la religión a través de las enseñanzas diarias de clase, al levantarse, antes de cada comida, al acostarse, sin contar los domingos cuando se confesaba y comulgaba. Esta etapa, que él declara gozosa, lo marca para el oficio de poeta, y se le acentúa con la lectura de Amado Nervo, de López Velarde; sobre todo este último con quien su poesía guarda un hermoso, terrible, desasegado acercamiento.

Con todo, no podemos decir que Alí Chumacero sea un poeta religioso, sólo si lo tomamos en el sentido literal de la expresión: cumplidor de su palabra. En una frase de Octavio Paz sobre la obra de Alí está sintetizada magistralmente la zozobra apacentada en sus dos primeros libros y en parte relevante del tercero, sobre todo en un poema ya clásico de nuestra gran poesía, “Responso del peregrino”: *Su cristianismo es el cristianismo desesperado de la conciencia moderna, en la que la ausencia divina hace más punzante la presencia del mal*. En la poesía de Chumacero el mal es sinónimo de

destrucción, de vacíos, de ruinas, de polvo, así se haya consagrado a la elevación y a la deificación del amor.

Esa “ausencia divina” está presente en su obra aun cuando no se le mencione con insistencia por su nombre; aun cuando se le olvide, se le guarde, se le ignore con todos los propósitos callados. En esta poesía se habla de Adán, se hace referencia al paraíso –mentido paraíso, escribe el poeta–, a Eva no nombrada por su nombre pero sí creada con su retador e imperfecto origen, con su jubiloso pecado milenar. En su obra Alí Chumacero vive y sobrevive a sus propios rencores amorosos, a los abandonos náufragos, a la cúspide del deslumbramiento y la ceguera en el desprendimiento mutuo, a la elevación de la gloria carnal, suprema. A todo esto canta el poeta, al resplandor último vencido y celebrado con el sentido místico del polvo, es decir con su “Amor entre ruinas”.

3. Por lo breve o concentrado de su obra poética, Alí Chumacero ha tenido que ejercer una autocrítica feroz, según confiesa, no sólo al terminar el poema sino también en el momento justo de la creación. Su lucha con las palabras ha sido a muerte. De ello ha salido victorioso ya que en la actualidad cuenta con apenas ochenta años de edad y porque en poesía la muerte de las palabras, en el encontrado reposo o sin él, equivale a una actitud natural del poeta que ha logrado borrar su propia sombra –recordemos a Peter Schlemil– para encontrarla después, como escribió Carlos Pellicer, “en el tiempo entre dos eternidades” y que Alí convierte en “relámpago entre dos eternidades” en el final del último poema que se le conoce fechado en 1990.

4. *Poesía reunida* (Lecturas Mexicanas, CNCA, 1991), con presentación de Mónica Mansour, se abre con tres poemas de Chumacero, no recopilados antes en libro alguno, que datan de 1938-1939. Los tres poemas son amorosos, escritos o publicados cuando Alí cumplía veinte años. (Nótese que para la edición de su primer libro *Páramo de sueños*, el poeta esperó, se ve que no tenía prisa alguna, seis años). De estos poemas selecciono dos: “Silencio” y “Mujer en la playa”, porque ambos representan una ventana abierta para atisbar con histórico conocimiento en la punta del hilo de Ariadna que nos introduce por un intrincado laberinto, todo con referencia al mundo o al paraíso del amor, en el que Alí Chumacero ya no es Teseo sino su propio minotauro.

El poema “Silencio” es un soneto cabalmente cumplido que nos descubre sus lecturas clásicas, que contribuyeron a racionalizar líricamente su expresión futura. Eso desde el

punto de vista formal; de fondo marca la partida de su viaje sin regreso, situando al poeta en el principio de la vida donde todo vestigio es un hondo, largo e inquebrantable silencio. Alí Chumacero, no sé si empequeñecido “de sentirse más blanco que la rosa,/ más limpio que el cristal, más río puro”, o enfebrecido ante el fragor del mundo que se muestra ante sus ojos, se aísla en la nada, en el silencio puro, y desde allí escribe el primer trazo de su biografía. Con el poema “Mujer en la playa”, la carta no enviada llega a su destinataria. El silencio, ante el descubrimiento del mar, se ha convertido en una amorosa y tierna voz que celebra con brevedad y certeza la desnudez de ella, “recostada en mi poesía”. A partir de aquí estas dos instancias –el silencio y la mujer–, hablando de juicio y sentencia, procrearán el fruto del esplendor en ruinas, columna vertebral de la poesía amorosa, o el amor mismo, de Alí Chumacero.

5. En el libro *Páramo de sueños*, en la sección del mismo nombre, hay dos poemas, “Vencidos” y “Jardín de ceniza”, que son un aleteo, una desgarradura, un atisbo de la furia que se desatará más adelante como relámpagos ciegos sobre el esplendor de lo apenas vivido a tierna edad y que las fuerzas del “mal” –citado por Paz– perfeccionarán en las repetidas ascensiones y caídas de su desequilibrada destrucción, de la que Alí Chumacero renace para perpetuarse. “Vencidos” no delata que los amantes existan del todo, como quisiera el poeta, pero en su construcción, que puede ser la reconstrucción de un sueño, aparecen las palabras, los versos que como pederuales descenderán –no caerán– a su poesía: “Igual que roca o rosa,/... soledad del pensamiento,/... dormida imagen,/... equívoco de Dios,/... del dolor de la carne enamorados,/... crueles cadáveres en agonía”. Si el poeta nos habla al principio de “rosa o roca”, a la hora de poblarse el espacio y de gozar o padecer un enjambre que crea un jardín, el jardín, claro, es de ceniza porque los sueños tienen su origen en un páramo. *Páramo de sueños*, el libro y la sección del mismo nombre, anuncian, y más adelante certifican en el nombre de sus otras dos obras, la seducción de los contrarios que arrastra a Alí Chumacero a confrontarlos, no nada más en el sentido etimológico del término, ya que esas palabras encarnan el principio de una procesión de significados afines a una y otra exhortación temática.

6. La segunda y última parte de *Amor entre ruinas*, es el detonador –el primero– en la poesía amorosa de Alí Chumacero. Quince son los poemas escritos aquí por Chumacero, todos seleccionados para este libro. “Poema de amo-

rosa raíz”, con que se abre la serie, es uno de los más conocidos de su obra, considerado entre los de fácil lectura. A ratos creo que este poema –o quiero creerlo– fue escrito antes que los ya mencionados porque su facilidad expresiva, no muy común en la poesía de Chumacero; su pronunciamiento por cantar una y otra vez en cada estrofa el comienzo de su génesis amorosa, nacida, perdida o encontrada entre la génesis del mundo; su aliento lírico, de la más clásica cepa, desplegado en los versos endecasílabos, alejandrinos y heptasílabos, que son los que le imprimen a su poesía esa asombrosa musicalidad que no se demerita, más adelante, ni con su derruido pero a la vez desafiante sentido de expresión, lo sitúa en el principio y reinventa, con aires bíblicos, el paraíso con su Adán –él- y Eva –ella-, la primera pareja:

*Antes que el viento fuera mar volcado,
que la noche se unciera su vestido de luto...
Antes que luz, que sombra y que montaña
miraran levantarse las almas de sus cúspides;...
cuando el agua no estaba ni en la ciencia de Dios;
antes, antes, muy antes...
cuando azul no era el cielo ni rojas las hormigas,
ya éramos tú y yo.*

Empieza la celebración, el canto a la ensoñación del amor, a la primera noche en la que nace, con el amanecer, la luz. Si antes ella estaba “recostada en mi poesía”, ahora la tiene “hundida en mi desnudo”. La distancia entre uno y otro verso no es muy larga pero la luna se contempla, con el calidoscopio del placer, desde otro costado. Sueño y silencio transformaron su origen. Afloran los juegos y los elementos villaurrutianos, para terminar un poema con estos versos en los que Alí Chumacero navega –sin llegar nunca a naufragar– hacia sus propias extensiones territoriales, es decir a su páramo: “el fuego de mi tacto se adormece/ en esta soledad bajo la flor del sueño”. Además de la forma, el lenguaje toma su nueva vestidura: tacto, adormecer, soledad, flor, sueño, serán neciamente asiduas en la poesía de Alí que se va abriendo, o cerrando, a su expresión personal, a su universo.

Alí Chumacero dice que, a pesar de haber nacido cerca del mar, no es algo que le atraiga físicamente. En cambio, ese nombre, ese recuerdo de infancia, lo encontramos en toda su obra poética. En los altibajos de las relaciones amorosas, el poeta descubre que “Amor es mar”. Aquella voz que *en mi pulso se moría*, silenciada después, aquí es *una sombra que se*

destrozaba, hasta que reaparece de nuevo en la presencia amada; el mar se despeña, se estrella sobre sí mismo, se deshace en olas de luz donde los sentidos ajenos son conquistados por el pleno deslumbramiento de la entrega total: *Un mar de sombra eres, y entre tu sal oscura/ hay un mundo de luz amanecido.*

En el poema “Diálogo con un retrato”, Alí Chumacero, ante la figura aparentemente indefensa de la amada –porque guarda en su atrapada efigie el amor, la pasión, el dolor de lo vivido–, con amarga alevosía, con descarada ventaja, se concede un momento para recapacitar y sopesar, en un lenguaje propio, el fruto ya árido del fuego destruido. Así la ve: *reposas como imagen hecha hielo/ en el cristal que te aprisiona/ y te adivino en duelo,* que no son nada buenos ni amorosos deseos. El poeta insiste, como rígida constancia en toda su obra, en el resplandor en ruinas, ya que para él sólo vuelve a nacer quien ha sido calcinado por el fuego, celebrándolo de esta manera: *De allí has de brotar hecha ceniza,.../ creada nuevamente de tus ruinas.* Al final, Chumacero, cara a cara, se pregunta a sí mismo, más que cuestionar al retrato, quién es esa imagen –sabiéndolo– y él mismo se contesta, herido y convencido, *la imagen/ de todo lo que nutre mi silencio.* Un largo silencio toma su forma en todos los espacios.

Alí vive, con todo y consecuencias, los momentos propios de la joven embriaguez –carnal y espiritual– que une cielo y tierra en una idéntica alma, en una misma carne. Las palabras muestran su primigenio origen para, al contacto con el famélico discernimiento de Chumacero, conferirle “otro” sentido a su real significado, como lo hace todo gran poeta. Con majestuosos aires lópez velardianos, que refrescan y a veces contrastan su ya sólida propuesta: *Desnuda, mi funesta amante/ de piel vencida y casta como deshabitada,...y en tu cuerpo/ respiro ese sabor de los sepulcros;/ ...fúnebres aguas de perfume ciego,* Alí se regodea sobre sus malsanas “imperfecciones” para lograr saciar su ávida escritura de vida, avivada –disculpen las aliteraciones villaurrutianas– casi siempre en el resplandor último o primero de sus instintos iluminados o ciegos. Cuando la caída amorosa, cúspide del amor, no nace del consabido desastre, el poeta anhela *un alto simulacro de ruinas,* para no equivocarse en sus pasiones y tener la certeza de que son pecadoramente puras. Como en Pellicer, se dimensionan los sentidos: ojos, lengua, manos, oídos, nariz, ganan poco a poco sus espacios –unos más que otros– para posesionarse de las palpaciones todas que ella, nacida pa-

ra su caricia, dice Chumacero, exhala con insinuante libertad, aherrrojada sólo por las nuevas capitulaciones de él.

De pronto, la mujer es una “Mujer deshabitada”, *de rosa y canto saturada.* Sosiego, abandono, fatiga, soledad, agonía, resplandecen en el juego fatuo del unívoco desencanto. En un arranque de solideces varoniles, Alí Chumacero la reconviene para aventarle a la cara su verdad –medias, agregó yo–: *Opones sólo amor y te conserva/ la esperanza invencible de mi cuerpo.* El nacimiento de Eva de la costilla de Adán, al parecer, no es una historia inventada. Al final de este poema, Alí la perfecciona en su derruido universo, es decir la proclama a los cuatro vientos como modelada a su imagen, y otra vez, como en el retrato, la rescata del mundo y la fija *hecha estatua abatida en un invierno.* El siguiente poema se llama, precisamente, “A una estatua”. Las imágenes que nacen y se petrifican de la imagen, ocupan un lugar especial en la poesía de Chumacero. La “invención” de la estatua es la permanencia del amor, la eternidad de la belleza, el fugitivo resplandor vuelto materia, aunque el poeta reconozca que ella *ya no será la flor sino su aroma.*

En “Espejo y agua”, Alí Chumacero no ha abandonado el entorno de la estatua y lo que ella representa. *El silencio, claro, es de cera.* El aliento se ha apagado. El lamento de Adán se sonoriza. El Paraíso de ella era mentira pero, pese a todo el descalabro físico y psíquico sabiamente reconstruido, mejor dicho modelado, el canto moja la mirada y en una narcisista visión en retirada, agrega: *Porque al mirarte contra el agua, miras/ mi pensamiento en tu alma suspendido.* En este Amor en ruinas edificado y derruido en el ideal *Páramo de sueños,* “El sueño de Adán” se hace tangible al nacer ella, como en un espejo de imágenes perpetuas, de nuevo de su sueño. El poeta, además de traer a cuenta las sutiles invocaciones de lo pasado, no deja de reconocerse todavía a través de los sentidos: *Vivo de oírme el cuerpo... y oigo la vida en mí.* Su arqueo de vida lo lleva a elucubrar amorosas serenidades pero a la vez lo acerca al vacío, a su forma, que lo orillan a decir, después de un arrebato en agonía, de una sentida despedida: *Pero jamás conoceré mi propio sueño,/ el alma que pretende defenderme,/ mi corazón vacío, ni mi forma.* Y como ya es costumbre en la poesía de Alí Chumacero, esto no es más que un frío y descreído preámbulo para el final que, claro, es otro “Retorno”. Los vaivenes estrepitosos pero silentes –porque la mayoría de las veces son hacia adentro– no reconocen otra paternidad que las suntuosas desazones de la vida misma. Alí revierte toda posibilidad de

negro encantamiento porque sabe que en la otra orilla renace su esqueleto:

*hallo sólo tinieblas
y empiezo a caminar por dentro de mi cuerpo,
y aquí te palpo y me maldigo
porque vuelves a ser, pero en recuerdo.*

Recuerda y está solo, más solo que nunca. El círculo del amor, del *Amor entre ruinas*, de su irremediable soledad, se cierra al mismo tiempo que resucita, y él, el poeta, Alí Chumacero, regresa *al desierto en que siempre había creído, al Páramo de sueños*.

7. *Imágenes desterradas*, 1948, el segundo libro de Alí Chumacero y el más breve de los tres que nos deja por herencia, está dividido en dos partes: Tiempo desolado y Tiempo perdido. En Tiempo desolado no existen poemas amorosos. La obra aquí incluida pertenece a Tiempo perdido. El primer poema se llama, como una sección de su libro anterior *Páramo de sueños*, “Amor entre ruinas”. ¿Cómo justificar con certeza la decisión de Chumacero de repetir el nombre de una sección, primero, y a un poema, después? Especulando con los elementos a la mano aun a riesgo de equivocarse. Lo que no admite duda es la lírica insistencia del autor en arrastrar de nuevo el título de Amor entre ruinas. Digo lírica porque Alí debe haber comprendido –como yo– que en este nombre se encierra, en esencia, su poética, más que en el de “Poema de amorosa raíz”, por ejemplo; no se nos olvide que la característica más acendrada de su poesía amorosa es la cristalizada ascensión de todo su esplendor convertido, a través de la palabra, de la memoria, en ruinas.

8. El Tiempo perdido para Alí Chumacero es el tiempo ido, escurrido de entre sus manos angustiadas, grabado dolorosamente en la sangre, gozado con el tacto impiedoso del estruendo eternizado más allá de su destino irredento, el aliento infernal abatido por la carne y purificado en la evocación existencial de la memoria. Contrario a su entelequia, el significado de estos vocablos no aterrizan en la desolación desamorosa; para el poeta es la reconstrucción de lo vivido, recobrado en la instauración del imperio saqueado. El viaje de las imágenes hacia el calcáreo olvido revivifican su historia, la ajustan, la sitúan, la trascienden. He aquí el inviolado asidero en el que Chumacero contrarresta su diluida arquitectura terrenal para que sus actitudes samaritanas –si las tuvo o siquiera pensó en ellas– se eleven hacia las altu-

ras, hacia las nubes, hacia la nada, al corporizarse, con reconditeces profundas, en el desolado instinto de sus sentidos, es decir en la escritura.

En construcciones formales totalmente opuestas al “Himno entre ruinas” de la sección de su primer libro formada en base a varios poemas, el poema que abre la segunda sección de *Imágenes desterradas*, “Himno entre ruinas” –detonador segundo– es un solo canto dividido en cinco partes, todas ellas hijas del mismo aliento –desaliento– desconsolador –consolador– que petrifica en el pasado los momentos idos a la hora de vivirse o pronunciarse, como el sentido del tiempo en la poesía de Antonio Machado.

Antes de adentrarnos en la metafísica del canto de Alí Chumacero, por aquello de su simbología a veces abstracta, nunca oscura –porque como escribió Eunice Odio a propósito de nuestro poeta, oscuro es lo que no trasciende–, es importante recordar que aquel *Páramo de sueños* donde Alí nace y fija su residencia en la tierra arrastra ya, levemente sonoro –aunque esto se descubre más tarde, al sumergirnos en el esclarecido prodigio del desastre amoroso, razón y sinrazón de su poesía– el aleteo original del sentido pecaminoso que más tarde se convertirá en “pecado”, en su acepción más primitiva. Después, en éste su segundo libro, Chumacero destierra aquellas imágenes que ha logrado perpetuar a base de ignorar la controvertida desmemoria; como han sido rescatadas del fuego, de las cenizas, de las ruinas, del polvo, de la nada –del polvo de la nada–, confieren a su apañada vida una extraordinaria, herida y descarnada existencia, que lo mantiene sagazmente saciado y perenne.

“Amor entre ruinas” es el primer poema en toda su obra en el que Alí Chumacero escribe, con acezante aliento lírico, la seducción, el éxodo, la gemidez, el hechizo, la cúspide, el despegue interior, todo ello deificado en la placidez y el derrumbe mutuo de su celebrada experiencia amorosa. Su voz, la voz amante, ha replegado en la musicalidad, en el fraseo, en el impulso contenido, en la diestra alineación de su homérica apología, su febril entrecortado desbocamiento anterior en cantos no seriados. No quiero decir que la intensidad de su vena poética haya disminuido sino que ha sido modificada; diría que cada palabra, cada imagen, cada verso, han sido depositados en un sitio, en una urna, en un espacio construido o elegido con sabia serenidad:

*Como un incendio al aire desatado
o una flor suspensa sobre el agua,*

*en lenta consunción
 nuestros desnudos abren el cauce del deseo*

Así irrumpe, con una suave violencia que anuncia, en fondo y forma, la construcción del poema.

Este canto inicial es una especie de -para utilizar un término taurino, de lo que Alí sabe mucho- “poner en suerte” para el desarrollo de la faena amorosa que vendrá. Renacen los sentidos, que nunca han estado muertos. El poeta abanica su tacto. El acecho materializa su expectativa original y Chumacero acerca su vaho tibio, *ola, caricia o llama/ sobre el silencio de tu piel*. Eva aquí no tiene nombre. La sordidez de las caricias impensadas cede su paso a la equilibrada correspondencia amorosa. Alí no abandona sus palabras claves, las suaviza, las aherroja en su discurso natural, cuando la violencia, aquella suave violencia del principio, *es sólo yeso destrozado/ en la inmovilidad yacente del silencio*. En una contienda como ésta enmudecen los cuerpos, el entorno es aéreo, se inmoviliza la luz y radicalizan su esplendor las almas desnudas. Después de una línea espaciada *Sube la espuma, hacia el aliento asciende*. El poeta inventaría, recuerda, sueña de nuevo, vive. No quiere dejar en el olvido una sola imagen. El destierro, en un lugar privilegiado de su memoria -la poesía-, es la salvación. El lenguaje levanta su diseño musical en el que se diluyen sensualmente los acordes de las sombras que, como mortajas, envuelven sus desnudeces. Alí Chumacero habla ya del

*duro incendio congelado,
 ...cuando ella se desploma espesa,
 tal una ola funesta que rozara
 con sus labios la huella de la rosa.*

El tremendismo en demolición roza con su mano la immaculada arquitectura de la rosa. Los contrarios de los que hablaba en páginas anteriores, ahora suavizados por el amor que más tarde se convertirán en ruinas, *en polvo de oro de la vida*, escribirá tiempo después Jaime Sabines.

Después del despliegue amoroso, de la ahogada pasión, del silencioso aroma de la vida inundándolo todo, Alí Chumacero adopta un aislamiento mortecino para recapacitar un poco y buscarle un nombre a las cosas que no han sido exploradas porque los sentidos habían consumido el tiempo. Ahora ha muerto el deseo. La espuma original que ascendía se ha tornado lánguida, *muda penumbra convertida en sombra*,

dice el poeta no sin cierta abrupta dejadez. La fiesta ha terminado, la razón rechaza su desolado origen. El amante, Adán, ya no mira a Eva a los ojos *por temor de encontrarme asesinado*. Y si al principio, la mujer hace su aparición recostada en su poesía, y más adelante la encontramos hundida en su desnudo, ahora está *recostada en nieve*. El naufragio, de él o de ella, o de los dos, no es irrelevante porque el río vuelve a tomar su cauce ya que hasta la desnudez de la mujer *es un incendio en ruinas*. En la parte que sigue, el poeta regresa a su furia expresiva de antaño. Las palabras, como la relación, van congelando aquel aroma y el duelo y la fatiga hacen aparecer su vieja resonancia calcárea que apesadumbra y mata, mientras Alí Chumacero se reconoce, de nuevo, *sombra sólida que contra el sueño lucha*. Recupera su vigorosa caída y se declara, no faltaba más, un balbuceo, un eco, *un aroma caído entre tus piernas rocas*. El seguido y sostenido aliento de “Himno entre ruinas” ha terminado.

En los poemas amorosos restantes de esta parte del libro *Imágenes desterradas*, el poeta puntualiza lo que ya se sabía o adivinaba respecto a la figura femenina, aunque sin marcadas evidencias: una mujer son todas y todas son una. En “Elegía del marino”, poema de afinidades nerudianas, Alí Chumacero habla por primera vez de *Los cuerpos (que) se recuerdan en el tuyo*. La mirada poética se sitúa en otro espacio a la hora de capitular sobre las relaciones amorosas. Regresan sus palabras-lápidas, sus imágenes quebradas por el desasimiento *como hálito de una sepultura: mármol y resplandor casi desiertos*. Alí, como los marineros, la hallará en cada puerto, en otros cuerpos. “Destrucción de los sentidos” son dos sonetos imperfectos que parecen formar parte, como otros poemas, de *Páramo de sueños* más que de *Imágenes desterradas*. Los tres últimos poemas de esta sección, “Sombria imagen”, “Palabras que nacen del vacío” y “Laurel caído”, más bien anuncian, además del final de un libro, de una época entre los títulos antes mencionados y el que vendrá, *Palabras en reposo*, si no díganlo estos versos:

*y esa callada tierra de mis ojos mirando la quietud
 lívida arena donde el pensamiento yace sosegado.*

*Aún levantas tempestad y lágrimas
 del desierto que habito...*

De pronto afloran las “Palabras que nacen del vacío”, las reconvenções, que ya no son dolorosas porque fortifican el

espíritu de todo lo alcanzado y demolido, cuyo polvo y silencio iluminan, velan las armas del amor. Aquella sábana que los erigía *ya para siempre espuma, aliento derrotado*, se ha convertido en *el pañuelo verónico a su rostro*, y que con el “Laurel caído”, entramos a otro páramo, a otro destierro, al del asfalto, al del temor a la fe, cuando Alí Chumacero se transparenta en *el asolado sueño/ donde tu ausencia crea la forma de la nada* que, no lo olvidemos, es el principio de todo.

9. *Palabras en reposo* es el libro, a no dudarlo, más redondo, perfecto y, por consiguiente, el más celebrado de los tres que escribió Alí Chumacero; también es una de las obras fundamentales en la poesía mexicana del siglo XX, aunque como bien señala el crítico Emmanuel Carballo “Nadie entre los jóvenes poetas lo ha seguido o imitado”. ¿Por qué? Es difícil de comprender y, hay que agregar, no es fácil hacerlo. Conociendo, como dije al principio, su feroz autocrítica iniciada casi desde antes de escribir el poema, se explica uno su silencio posterior a este libro. Lector avezado, crítico, maestro, erudito, ambicioso, en lo que a poéticas, escuelas, vanguardias y movimientos se refiere, Alí descubrió que con este libro, como dice la Biblia, se incendiaba su última ciudad, para que las ruinas, las cenizas -las cenizas en ruinas- se elevaran al resplandor eterno. De ahí su tregua conspiradora en la escritura y su posición radical de poeta, ahora, frente a la vida.

Por otro lado, *Palabras en reposo* es un nombre que se presta a controversias, no sólo en la lectura escrupulosa de la obra y títulos de Alí Chumacero, sino también en el particular desentrañamiento de su aislado significado. En el contexto de la obra de nuestro poeta, después de *Páramo de sueños e Imágenes desterradas*, de su gran aliento lírico, de la original destreza lingüística, de su evidente preocupación por la severa e inteligente construcción de sus versos, por la extraordinaria sensatez de la brevedad y la concentración poética, entre otras cosas, citaré lo que antes escribí a propósito de *Palabras en reposo*: Cuando Alí Chumacero utiliza el reposo para seducir y fijar a las palabras, es porque ha encontrado en ellas su verdadera identidad; como quien dice, sepulta su muerte y en un gesto de varonil desasimiento deposita en la tierra una rosa frágil o pétrea, lo mismo da, y huye enjubilado hacia la “otra” vida dejándonos como al príncipe de Aquitania -la mención de Gérard de Nerval no es casual- su maravillosa y eterna viudez de sí mismo, y su celebrante y trastornado desconsuelo.

10. *Palabras en reposo* está dividido en dos partes: Búsqueda precaria, con catorce poemas de los cuales tres son

amorosos, y Destierro apacible, que no trae ninguno. De los tres poemas de Búsqueda precaria, “Palabras del amante” y “Fragmentos de la estatua” le sirven al poeta para situar con una mayor concreción -si es que ello es posible- las palabras que encontraron su cauce definitivo y han llegado, como su obra y vida amorosa -en la poesía-, al final de su camino, o de nuevo han regresado al punto de partida ¿hacia donde?:

Persisten implacables

sílabas, frases: sólo palabras

al asombro del mar dichas en tiempo aciago,

dice Alí Chumacero, el amante, cuando vislumbramos el fin de un plácido y tremendo desasosiego que lo ha mantenido carnalmente vivo, orgulloso y lúdicamente saciado pero, contrapunto, ensimismado en el esplendor en ruinas antes citado.

Los tiempos cambian, dicen los sabios, y lo que antes le inspiraba y escribía “A una estatua”, ahora lo silencia y mutila a medias al recortarla en el nombre del poema “Fragmentos de la estatua”. Este quebrantamiento tiene su origen en la veneración por las imágenes ya no descarnadas sino desnudas, por las palabras cuya ausencia de significados a veces impenetrables -por su misma construcción, su arriesgado juego sintáctico- hacen aparecer al poema ante miradas no a guerridas, como oscuro. El reposo de las palabras, en Chumacero, es un ardid más para perfeccionar su discurso, ahora de lleno asaltado por la fiebre de la modernidad cristiana -si la hay- donde ya reconoce *la libertina edad de mis pecados*.

En “Responso del peregrino”, señalado entre los poemas más importantes que se han escrito en la lengua castellana en el siglo XX, Alí Chumacero resume con grandiosidad dos de las tres aristas de su poética: su “cristianismo desesperado” -Paz- y su *Amor entre ruinas*. (El otro ángulo de su obra es, creo yo, el profundo e idílico sentimiento amoroso hacia el urbanismo consustancial del alma, nunca estudiado del todo cuando de hablar de la Ciudad de México se trata.) Como en este libro, *Amor entre ruinas*, la temática es amorosa, sólo hablaré al vuelo de las significaciones del poema “Responso del peregrino” en su referencia al, dijera Pellicer, asunto del amor. Sus acepciones religiosas se las dejo a los eruditos, a los filósofos.

11. Los dos primeros versos del poema “Responso del peregrino” sirven para situar al lector en el inicio de una deli-

rante expresión que, de entrada, nos encabalga, más adelante nos arrastra sin piedad y nos deja, al final –querámoslo o no–, sumergidos en otras aguas bautismales para salir, en el momento preciso, con el sayal de los seres humanos más limpios y puros, o más desolados y pecadores que nunca: *Yo, pecador, a orillas de tus ojos/ miro nacer la tempestad*, es decir: la vida. La imagen del pecado y sus consecuencias religiosas en la poesía de Alí Chumacero, que revoloteaba en las repetidas alas de algunos versos o en la médula de otras imágenes, por fin se ha materializado. La voz ha encontrado otro cauce en apariencia menos voluptuoso –pero nada más en apariencia–, y ahora místico, porque el reposo de las palabras en Chumacero, como ya lo señalé, lo enfrenta a su verdadera identidad y le dirige sus “últimos” pasos con profusa sabiduría hacia el terreno extraordinario de los poetas sensualmente carnales del Siglo de Oro. El reposo del poeta no es el del guerrero cansado o vencido sino el del conquistador, el estratega que halla en el ejercicio de la palabra su ansiado do de pecho sostenido en la imbricación de sus desencontradas pasiones, desembocadas en un lenguaje, para citar dos contrarios de Chumacero, más roca pero también más rosa: perfecto.

Desde su privilegiado sitio –a orillas de tus ojos– Alí Chumacero, recogido al borde de sus esplendorosas ruinas amorosas, seducido por la música devota de la *cítara del alma*, arrepentido de sus libertarias manifestaciones terrenales, se acoge al sacrosanto resplandor de lo divino, de esa “ausencia divina” de la que habla Paz y que, como consecuencia natural, desdibuja o borra del todo “la presencia del mal”. Los soberbios endecasílabos y alejandrinos aparean inteligentemente la musicalidad y el designio conferido. La oración, porque qué otra cosa si no es este poema, nace elevada, espontánea –sin olvidar sus antecedentes primitivos– y se lee, se susurra, se dice, con la voz baja, entrecortada por la honesta y pasional entrega de un cristiano ya súbdito del alma. La voz del poeta se transfigura, humilde pero no humillada, sabia pero no soberbia, esperanzada pero no ilusa, libremente aprisionada. Es el amor que ha creado al amor –dijera Pellicer. *María*, la designa Alí Chumacero, y el solo nombre en el poema suena a eternidades: *Pastora de esplendores..., del luto hermana..., paloma que insinúa páramos amorosos..., reina de erguidas arpas y de soberbios nardos*, hasta llegar a la permanencia en el sentido de la palabra, sílaba a sílaba, que el poeta, a través de su nombre erige en *el muro de mi salvación*.

12. En el segundo canto la plegaria es rociada con el barniz de la divina carne. La descendencia es el eje, la columna vertebral, el esqueleto. El ruego es firme, visionario, sin negar presencia a los acontecimientos fúnebres conocidos al respecto, como el ocurrido en la isla de Pathmos: *prolonga de tu barro mi linaje/ ...mientras mi lengua en su aflicción te nombra/ la primogénita del alma*. Al escribir Alí Chumacero este último verso nacido de la pesadumbre ¿quién no creerá en su transfiguración? Después *el arcángel que todo inmoviliza* romperá la armonía de la dicha señora y bajo la resplandeciente soledad de la muerte, empezarán los ruegos. Confrontado con la “otra” inevitable realidad, el poeta, antes de la despedida final –porque han habido y habrán otras–, dirá sus últimos desvelos amorosos como una herencia en un testamento de vida que ella, María designada, recordará y llevará a cabo porque ha sido depositaria de los designios del amado. La última encomienda de un moribundo que por la transfiguración exige todavía una soterrada lealtad última a la *pastora de esplendores, a la primogénita del alma*, en esta parte del poema, sobrecoge: *Regresarás a casa y, si alguien te pregunta,/ nada responderás: sólo tus ojos/ reflejarán la tempestad*: es decir la vida.

Al final, el responso del peregrino llega al momento de mayor intensidad que corona la cima del poema amoroso y de toda la poesía de Alí Chumacero. El peregrino, el amante, el poeta, va alejándose del cuadro que iluminó su vida, las otroras llamaradas de la luz se van silenciando, los espacios vacíos aquí en la tierra se cierran mientras *el reino de la dicha* se abre en el ansiado paraíso; el sosiego enmudece, la nitidez del alma castigada extiende su mirada sobre el valle y permite ver con claridad el sonoro camino de sus pasos –hacia atrás y hacia adelante–. La mujer, ella, María designada para gloria de todas las mujeres, comprenderá su fe desvanecida y, sobre todo, como consumación de su amorosa eternidad *gemirás amarga cuando sientas que eres/ cristiana sepultura de mi desolación*. ¿Por qué desolación? Porque para Alí Chumacero es su *Amor entre ruinas*, que es lo único propiamente suyo. Lo que al principio era, a través de los ojos de ella, una ventana para mirar la tempestad, más tarde se convierte en reflejo de esa tempestad para, al final, en el desierto donde empezó el amor –en este cambio de tiempos se sintetiza– añorar la tempestad, que es la vida. ■